

## EL MEDIO SIGLO DE «CAPULETOS Y MONTESCOS»

Por SALVADOR MARÍA DE AYERBE

*En aquella antigua librería...*

**H**ACE más de siete lustros tuve el honor de conocer a Luis López Allué, literariamente se entiende, porque *de visu* me era sobradamente familiar, como que formaba parte integrante del grupo de amigos y condiscípulos de mi padre. Reuníanse aquéllos en erudita y animada tertulia donde humanismo y humorismo se entremezclaban y confundían bajo el signo de una fecunda charla empedrada, a veces, de tópicos localistas cuando no de sabrosas cominerías de vecindad. El ámbito que los cobijaba era una vieja librería, remozada a la sazón, en cuyos simétricos anaqueles se alineaban profusión de volúmenes con diminutos titulares sobre los tejuelos respectivos. Algunas veces recalaba yo por allí, más especialmente durante las vacaciones estivales, cuando la necesidad de proveerme de algún libro, de distracción, me hacía permanecer largos ratos en la ingrata ocupación de cohonestar mis menguados recursos económicos con la poderosa ambición que en mí despertaba el acopio abundante de fondos editoriales. Hojeábalos muchos de ellos: leía otros fragmentaria y atropelladamente, a hurtadillas, y hasta con la inconsciente complicidad de un aprendiz grandullón y despreocupado del acervo intelectual que custodiaba, cuando un buen día descubrí la risueña portada de *Capuletos y Montescos*.

Con hábil plumilla, a dos tintas, el inspirado dibujante había dado una versión primorosa del Castillo-Abadía de Alquézar, señoreando

roquero sobre el apiñado caserío bajo el sol fulgurante de una mañana estival. Era como una primicia singular, al regusto anticipado de aquella tersa y castiza prosa novelesca. Y también el prelude insospechado de las enérgicas telas que años después pintaría Ignacio Zuloaga, enamorado visitante de la remansada villa medieval perpetuada, asimismo, por los pinceles de Rincón, Gárate, Cidón, Pastor y Beulas en visiones diversas.

Todavía recuerdo, nostálgico, la pura delicia que experimentaba, un día tras otro, con las lecturas parciales de la novela altoaragonesa por antonomasia cuyo escenario, situaciones, costumbres y personajes eran trasunto fidelísimo de todo un pequeño mundo lugareño, por mí frecuentado desde la infancia. Mosén Miguel y mosén Dámaso con sus homilías y sermones, el señor José de la «Retora» y sus delirios autoritarios; doña Rufina, la impoluta infanzona; Pablo y Julia, enamorados sin ventura; don Cándido Rubielos, pedagogo y muñidor; Lorencico el Tuerto, alquimista de finanzas ajenas; Eugenio Arbaniés, Roque Bellosta, eran figuras de carne y hueso, seres humanos y palpitantes a quienes de nuevo iba yo a ver y a oír próximamente en las soledades agrestes del viejo solar de mis mayores.

—¿Qué estás leyendo, muchacho, con atención tan sostenida?  
—inquirió una voz, grave y armoniosa.

Me volví sorprendido y ruboroso al ser cogido *in fraganti*. Pero en lugar de la faz rubicunda del temido librero, me hallé ante un caballero de aspecto distinguido, cuya nívea sonrisa florecía entre una sedosa barba negra que recordaba, en marfileño rostro, los de los hidalgos de El Greco. Vestía cierto atrevido terno inglés, de cuadros, tocábase con un flamante *canotier* de paja, calzaba zapatos de lona y usaba camisa y cuello blandos, al que circundaba una chalina oscura de frondoso lazo. Era un tipo admirable en su doble aspecto literario y artístico que hasta físicamente, fluctuaba entre Valle-Inclán y Rusiñol.

—*Capuletos y Montescos...* me encanta... ¡Este don Luis es admirable!  
—contesté menos turbado.

—¡Como que es lo mejor que se ha escrito en este país desde *El Criticón* hasta la fecha, no despreciando *La vida de Pedro Saputo*, dechado de cortesía, padre de la agudeza y mecenas del humor!

—Ni tampoco la obra periodística y literaria de usted, fruto cuajado de un filósofo y humanista consumados, honra de nuestro Alto Aragón...

El hidalgo de la barba endrinososa me atajó suavemente con un dis-

EL MEDIO SIGLO DE «CAPULETOS Y MONTESCOS»

3

LUIS LÓPEZ ALLUÉ

# CAPULETOS Y MONTESCOS



JUICIO CRÍTICO DE  
D. Mariano de Cavia

*A. Ruste.*

Portada de la primera edición de *Capuletos y Montescos*

creto además digno de Bradomín. Lo que agradeció, profundamente, mi azoramiento precursor del inminente riesgo de un diálogo cuyo contenido yo no dominaba. Luego prosiguió, insistiendo en la trayectoria de su discurso:

—¿Conoces la *Guía Artística y Monumental de Huesca y su provincia*? Es de un joven y erudito archivero que promete: Ricardo del Arco... ¡Es lástima que no sea de aquí! Aunque, si por nuestra ventura lo fuera, probablemente no triunfaría — diagnosticó con agudeza.

Y como asintiera manifestándole además mi modesta opinión de que dicha obra representaba para la expansión turística lo que aquella otra respecto del tipismo, subrayó efusivo:

—Por cierto que lleva un prólogo ágil y vivaz como suyo, de López Allué. Quizá sea un feliz presagio. ¡Puesto que esa segunda edición de *Capuletos y Montescos* la encabeza también un magistral juicio crítico de Mariano de Cavia! Y editada por Sanz, en Zaragoza, constituye la entrañable sucedánea ofrenda de unos amigos, al homenaje que allí pensaban ofrecerle. Declinado, modestamente, por Luis.

La enjundiosa charla derivó luego hacia la política nacional de signo estéril, sin contenido ni eficacia, desde que España habíase replegado en sus fronteras naturales después del hundimiento de los postreros restos de su imperio colonial. Mas el caballero tenía fe en los futuros destinos nacionales, porque creía en una raza inmortal de titanes cuya sangre asimismo corría, impetuosamente, por sus venas. El porvenir aragonés residía en la colonización interior cuyas últimas consecuencias propugnaba su amigo Joaquín Costa, con más convencimiento que el paisajista Miguel Viladrich, a la sazón en Fraga entregado a su arte y a una pintoresca aventura electoral cuyo candidato era Pío Baroja.

De buena gana lo habría interrogado seguidamente, pidiéndole pormenores sobre dos libros suyos que habían hecho ruido en el dormido ambiente de la hidalga ciudad de Ramiro el Monje. Uno político, *La Gran Guerra*, con macabra y mítica cubierta dibujada por el lápiz, buído y certero, de Pepe Gallostra y Coello de Portugal que, años después, había de rubricar con sangre su mejor servicio diplomático a España. Y el otro, *Epigramas*, donde con el salero y la gracia, actualizados, de Juvenal, Marcial, Quevedo y Martínez Villergas, llamaba «blondo Nemorino» a nuestro librero y donosamente declaraba, además, que todos sus amigos — ¿acaso también los de la tertulia? — no valían un pitillo.

Tan ingenioso y refinado conversador era don Manuel Bescós, «Silvio Kossti» en el mundo de las letras.

*Efusiones románticas.*

La prosa narrativa de episodios ficticios, arte literario tan genuinamente español y tan primitivo en sus orígenes hasta confundirse con los balbucesos iniciales del lenguaje, tan característico como el teatro y que alumbró el moderno realismo dando la pauta universal en la representación de costumbres populares, se hallaba en crítico período al expirar el siglo de oro. Nuestra musa novelesca permanecía silenciosa durante el siguiente, salvo leves intentos esporádicos que afloran en tímidas y escasas producciones ya históricas o pedagógicas influenciadas del estilo francés. La guerra de la Independencia con las pugnas siguientes de los bandos políticos, asfixia la vida literaria que el romanticismo galvaniza después tutelado por Walter Scott, Víctor Hugo, Balzac y los folletinistas franceses: a cuyo conjuro nuestros ingenios tan fértiles de inventiva meridional como faltos de rigor cronológico, metamorfosean la novela histórica en libro de caballerías al gusto décimonónico, siquiera se resientan las costumbres ancestrales de eficacia artística, y aun de pura invención, mal avenidos con la analítica y minuciosa labor que tal género literario exige.

Denodado propulsor del romanticismo literario, el aragonés Mariano de Cabrerizo, «acreditado impresor, sujeto literato y bien conocido en todo el reino» según uno de sus contemporáneos, apasionado y soñador, como la época lo requiere, edita una colección recreativa a doce y trece reales el tomo en pasta, «la mejor biblioteca de este género que hasta el día se ha publicado en España, ora se atienda a la uniformidad, belleza y cómodo tamaño de las impresiones, ora principalmente a lo selecto y variado de las novelas que la componen». Se nutren sus fondos a base de Goethe, Chateaubriand, Madamas de Genlis, de Sthaël, de Cottin y el vizconde d'Arlincourt, entre otros, con *Hermann y Dorotea*, *Atala*, *Las Madres Rivales*, *Corina o la Italia*, *Matilde o las Cruzadas* y *El Solitario de Monte Salvaje*, respectivamente, «delicia de los corazones sensibles», cual el de tío Frasquito de *Pequeñeces*, al que desvelaba, todas las noches, «la encantadora pluma del señor Vizconde», *Las Ruinas de Santa Engracia o el Sitio de Zaragoza*, de Francisco Brotóns; *La Campana de Huesca*, de Antonio Cánovas del Castillo; *Marcilla y Segura o los Amantes de Teruel*, de Isidoro Villarroya, por no ser más prolijo en citas bibliográficas, hacían las delicias de nuestros abuelos a la melancólica luz de los quinqués en las dilatadas veladas invernales, mientras

que a través de los corresponsales de Cabrerizo—Polo, en Zaragoza; Larraga, en Calatayud; Castanera, en Huesca, y Lafita, en Barbastro—se esperaban con impaciencia nuevas producciones. Algunas ilustradas por Teodoro Blasco Soler, profesor en ambos grabados de la Real Academia Aragonesa de San Luis, nos seducen por la armonía y pureza de sus líneas, belleza y corrección tipográfica, y hasta por su estilo peculiar que, si barroco y enfático, es el adecuado a la acción y misterio de unos argumentos inefables. Anotemos, finalmente, *Los placeres de la mesa o el Arte de comer*, impreso en 1839, y *La medicina curativa*, publicada en 1863, que aun sin propósito de réplica a la primera la encabezaba este pareado pintoresco, como para certificar, *a priori*, de su eficacia indiscutible:—«Lleva el médico consigo—quien me lleva en el bolsillo». ¡Amables y discretos libejos estos de artesanía, que nos producen gratas emociones, de un placer indefinible, al encontrárnosles en alguna recoleta librería de lance arrojados tal vez por las resacas de tristes almonedas!

Pasado el público frenesí de la novela histórica, hoy en tímida progresión renaciente, desarrollábase paulatinamente la novela de costumbres revitalizando los moldes clásicos para sincronizar nuevas ficciones con usos nuevos prestándoles, merced al contraste del mundo exterior, la base realista de que aquélla carecía. Muy reducido su marco en tipos, escenas, rasgos y detalles, faltaba la nota humana, la cordial dimensión en cuyo progresivo acontecer pudieran intervenir diversos factores para despertar la atención que el conflicto de las pasiones había de ocasionar. Misión tan honrosa para las letras españolas estaba confiada a una mujer distinguida, por su progenie intelectual, que participaba de nórdica reflexión y de vivacidad meridional equilibradas por un temperamento y sensibilidad exquisitos. Idealista y sentimental, sabía captar, no obstante, la realidad con visión exacta, no deformada por la fantasía, extrayendo saludables consecuencias éticas aromadas por la tradición española al reflejar en páginas de la mejor estirpe literaria el regusto de insospechadas efusiones líricas.

La aparición de *La Gaviota* en el folletín de «El Heraldó» es fecha crucial en la existencia literaria de Fernán Caballero, cuyo influjo va *in crescendo* entre la expectación del público lector, a medida de la divulgación de *Clemencia*, *Lágrimas* y las demás novelas sucesivas. El influjo de la autora, entre los escritores de la época, se hace patente. Mas aquella feliz conjunción entre la ética y la estética, entre la moral y la belleza, aquella interpretación poética de lo popular son peculiaridades perso-



Don Manuel Bescós, «Silvio Kossti» (Dibujo de Zueras)

nales difícilmente transmisibles. A tan ilustre escritora cabe, pues, el supremo galardón de haber creado la novela moderna costumbrista, la de sabor local, primorosamente cultivada después por una vigorosa pléyade de escritores que pueden considerarse como sus discípulos, si no todos ideológicamente afines, en absoluto consecuentes con su filiación intelectual.

*Surge, y destaca, Luis López Allué.*

Los años dorados de Luis López Allué coinciden con el apogeo de la novela española contemporánea y con el prestigio creciente de Alarcón, Valera, Pereda y Galdós, escritores vinculados al movimiento filosófico tan intenso entonces. El problema religioso que era obsesivo en algunos cerebros, había llegado a trascender hasta la novela donde reverberaban las más diversas posiciones del espíritu con referencia a aquél. *El Escándalo*, *Pepita Jiménez*, *De tal palo...* y *Gloria*, más que serenamente enjuiciadas por su valor artístico, eran exaltadas o maldecidas con vehemencia inusitada por los beligerantes enfebrecidos en los combates ideológicos que aquellas obras reflejaban.

Bajo dos característicos aspectos he de enjuiciar siquiera sea muy someramente a nuestro escritor altoaragonés: como autor de cuadros de costumbres y como novelista. Siquiera esta segunda faceta resulte la natural y más lógica consecuencia de aquélla, o no sea otra cosa (en definitiva) que una ampliación de la primera. Porque si difícil es el género costumbrista, y muy atrevidos algunos presuntos escaladores que con preferencia a otros intentan conquistarlo, no lo es menos desentrañar la confusión reinante entre los críticos sobre la índole y límites de esta manera de escribir. Mas no porque fueran escasos los costumbristas desde Aristófanés para acá, sino porque en las ficciones literarias griegas constituía ser cosa puramente accesorio, la descripción de tipos y paisajes que es tan fundamental. Independiente de la novela y con diversas formas, el cuadro de costumbres en ocasiones se reduce a esbozar brevemente un carácter. Otras se limita a puras creaciones mítico-alegóricas. Y a veces, no ofrece más acción que la necesaria al movimiento de los personajes. Por cierto que son curiosas algunas alusiones de López Allué a la antigüedad clásica en *Capuletos* y *Montescos*. *La corrida de los pellos*, *El Pedrisco*, etc., que denotan su formación humanística y su conocimiento de los mitos griegos. Mas no se crea, por

ello, en una inclinación hacia falsos y amanerados idealismos de Arcadias felices, aunque haya en sus cuadros aquella idealidad de las costumbres rústicas, reflejo natural de su sencillez primitiva. Por eso no circulan por allí Tirsis ni Melibeos, sino baturros auténticos, sagaces y reservones, atentos al interés personal y al provecho de su casa, como acostumbran a ser los rústicos, sentenciosos a veces y con felices ocurrencias o buenos «repentes» al decir de Gracián. Piensan, hablan y sienten a lo aragonés, y como naturales de la «terreta» que son, reaccionando a lo vivo en las más diversas situaciones patéticas o jubilosas con adecuadas expresiones nunca resabidas o rebuscadas como en las églogas rosadas. Modelos de sentimiento hay en las páginas y en el espíritu de López Allué; mas siempre viriles y algo primarios cual corresponden a personajes toscos y rudos que, sin embargo, nos dejan tan honda y cautivadora impresión en lo mejor de las fibras del alma...

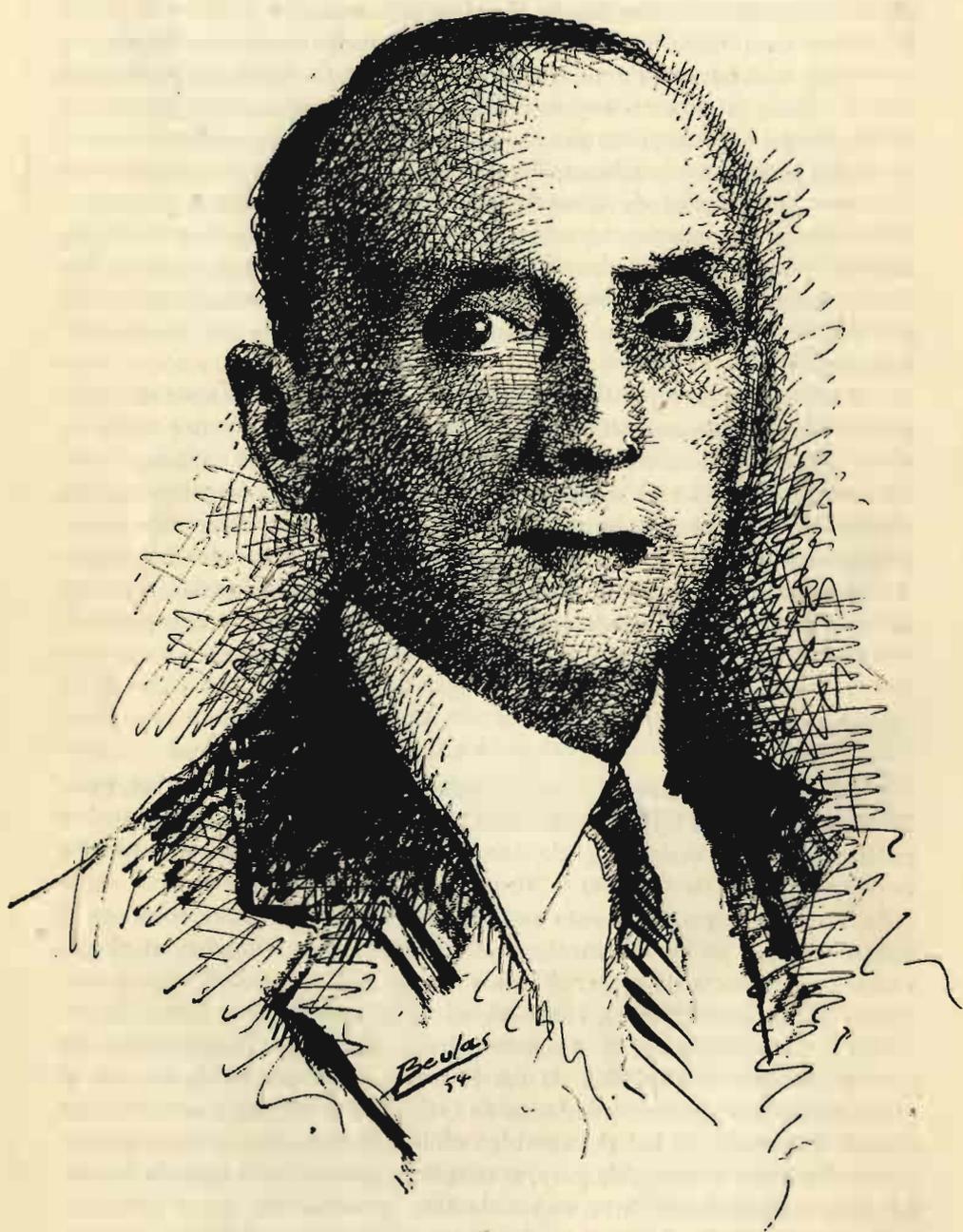
Hay bandos lugareños, menudas intrigas, lances amorosos, escenas campestres y ajustes matrimoniales servidos por una briosa galería de tipos, como los Torralbas y Avenillas, mosén Miguel, don Cándido, Lorencico el tuerto, Gilotes y Roque Bellostas, envueltos en la pugna ancestral de ambas casas que son pruebas irrefutables del maravilloso poder del autor, capaz de infundirles alma y vida para incorporarlos al dilatado mundo de la fantasía literaria. Pero no tanto que resulten irreales. Puesto que, al ser profundamente humanos, aparecen palpitantes y vivos, en un trasunto como de corporeidad idealizada, gracias a lo cual, y al vigor descriptivo, a la fuerza creadora y a la efusión racial, el tipo aragonés de nuestros Somontanos, alzado hasta lo épico, pervivirá mientras haya devotos de nuestra literatura regional. Perpetuadas a veces con los pinceles de Velázquez y de Teniers, otras con los briosos toques de la escuela aragonesa, cada capítulo de *Capuletos* nos ofrece personajes nuevos y nuevas escenas sin que la intención aleccionadora se maticen de dogma, ni tiendan a deformarse los tipos rústicos en una amena prosa que sabe hermanar lo fácil con lo primorosamente sentido. Tanto en lo serio como en lo alegre, una belleza insuperable campea en esta novela cuajada de cuadros costumbristas óptimos y de episodios pintorescos plásticamente presentados.

### *Intimismo novelesco.*

De elegir alguno de sus capítulos, yo votaría por aquel de la siega cuyos destellos rutilantes tienen la cálida luminosidad sorollesca del

estío somontanero, completada con la pura delicia del diálogo altoaragonés vivo y vernáculo. También los de los preludios electorales que, pese a su frustramiento prematuro, tanta frescura y naturalidad revelan hasta emparejar, sin mengua, al «siñó José de la Retora», con el perediano Patricio Rigüelta: «Maquiavelos de Campanario» ambos, si bien en latitudes imaginarias tan diferentes cual Escuarve y Coteruco. Y con un nexo adecuado de similitud y parentesco literarios entre el tío Mazurca, Cisclo, el siñó Joaquín y Eugenio Arbaniés, con Toñazos, Polinar, Barri-luco y Chisquín. ¡Vigorosas nervaturas y plenitud sanguínea, españolas, hasta las de estos tipos episódicos, cifra y compendio del lugareño con sus rodeos y suspicacias! Magníficos también los que sirven de presentación a otros personajes (con su problemática y sus vivencias) de marco al idilio fugaz de Pablo y Julia; y de interludio a la versatilidad novelesca como el genealógico de los Torralbas que nos recuerda la armadura literaria y la correcta prosa de *Clarín*.

Mas tales regustos literarios y sutilezas críticas que actualmente nos brindan la perspectiva del tiempo y la sedimentación de sus valores, eran desconocidos menesteres en la silente y apacible ciudad oscense de principios de siglo. Apartada de las comunicaciones vitales, inmersa en la rutina de una existencia vulgar e integrada en la cabaña borreguil del electorado democrático, creyó hallarse el vulgo ante una ruidosa novela de clave, identificando con seres vivos y palpitantes aquellos personajes ficticios. Porque relativamente recientes los ruidosos éxitos de *La Montálvez*, de *Pequeñeces*, y de *La Regenta*, obras vigorosas y capitales de nervio, unción y convicciones, la pasión suscitada en torno de Pereda, del P. Coloma y de Clarín repercutió a su modo alrededor de la famosa novela aragonesa. Y los conservadores y los liberales oscenses en versión actualizada de aquellos clásicos bandos medievales de Capuletos y Montescos, Agramonteses y Beamonteses, Güelfos y Gibelinos, Oñatinos y Gamboinos, sintiéndose aludidos sarcásticamente en la farsa monstruosa de sus pugnas estériles—denigradas hasta por Loren-cico el tuerto con sagacidad filosófica—se lanzaron a la tarea ambiciosa de desentrañar a los cuatro vientos el misterio en cuestión. Doña Rufina Torralba y Monrepós era, ni más ni menos, que la tía carnal del novelista a quien éste había sucedido recientemente, por herencia, en la casa hidalga y patrimonio de Barluenga. ¡Ingrato y poco piadoso, a fe, resultaba el pícaro sobrino! Menos mal que, arrepentido sin duda de semejante travesura, reproducía en cambio con los más risueños matices, en la arrogante figura de Pablo, a su primo Antonio Saso. Las fron-



Luis López Allué (Dibujo de Beulas)

dosas peroratas y alambrados juicios del maestro y secretario de Escuarve don Cándido Rubielos, eran trasunto aproximado de los escarceos elocuentes de un joven abogado que prometía y cumplió como bueno: Maximito Escuer y Velasco, amigo al que secretamente quiso gastarle López Allué esa cuchufleta. Así como prestaron sus galas epistolares, sibilinas y falaces, los diputados canovistas y sagastinos de entonces al marqués de Casa Ibáñez y a don Enrique de la Sotonera. En el notario, sentencioso y conciliador, del ajuste de Pablo y Encarnación entreveían los aristarcos al que lo fuera de Casbas de Huesca don Nicolás Claver y su tío afín, cuya escribanía, naturalmente, frecuentaba el novelista desde niño quizás sin ulteriores propósitos de inspiración literaria.

Este achaque injustificado de aviesas intenciones, extrañas totalmente a los propósitos del escritor, padeciólo también «Silvio Kossti» en quien se cebara la mordacidad de los enanos con ocasión de la aparición de sus *Epigramas*. La sal ática, el vivaz desparpajo, y la agudeza satírica de tan garbosa pluma humana y colorista, fueron torcidamente interpretadas por la masa extraña al puro deleite del humanismo clásico. También la semblanza moral de una ilustre infanzona, ligada asimismo al autor por estrechos vínculos familiares, se distorsionaba con perfidia.

### *Aguafuerte sentimental.*

Precisamente había yo también asistido al funeral de la misma, celebrado en aquella feligresía rural con una solemnidad litúrgica y gravedad patriarcal que recordaban el de don Pedro Javierregay en el capítulo correspondiente de *Capuletos y Montescos*. El duelo era numeroso y escogido, aunque abigarrado tanto en la indumentaria masculina como en el atezado dispar de las fisonomías concurrentes, que revelaban al observador la existencia de castas diversas en la prócer parentela. Unos con trazos señoriles ingénitos, faz rasurada, y cierto desgaire en el vestir. Otros más refinados y peripuestos, bajos de color, enguantados de luto. Estampa viva aquéllos de los hidalgos montañeses de Pereda y éstos de los burgueses ciudadanos de Galdós. Entre ellos y rodeando al túmulo funerario, se hallaba también «Silvio Kossti». Su estatura prócer destacaba entre la escogida grey, acusándose más todavía aquella inconfundible personalidad suya, especialmente avasalladora en el refinado trato social. A luz macilenta de los cirios, la palidez del rostro enmar-

cado entre aborascadas cabellera y barba, negras, ofrecía tonalidades de aguafuerte que confirmaba la obscura capa «Monte-Cristo» que lo envolvía casi hasta los pies. Me recordaba cierta romántica litografía de Larra, aquel otro satírico ilustre, según el buído lápiz de León Noël. Por un momento creí verle entre las manos el anticuado «clac», con que se tocaba en los duelos funerarios oscenses, y cuya vigencia prorrogaba, inexorablemente, su acusada elegancia personal. Mas no era la plegable chistera de raso sino un grueso devocionario, encuadernado en piel de Rusia, lo que portaba y cuyas páginas volvía de vez en cuando con visible atención. Aquello me dejó boquiabierto. ¿Era posible que quien aparecía en el mundillo provinciano como espíritu fuerte, avanzado demócrata, y paladín de Costa, hiciera pública profesión de una fe católica que le suponíamos mortecina como la oscilante llamita de los cirios que flanqueaban el túmulo? A mi imaginación acudieron, no sé por qué, las figuras de Lamennais en su juventud y de Donoso Cortés en su madurez, mientras que las tremendas estrofas del *Dies Irae* se asociaban «in mente» a los graves acordes, majestuosos, de cierta sinfonía de Dvôrak. Y aleteaba seguidamente en mi memoria aquel prudente aviso, de Fenelón: «El pensamiento de la muerte es saludable, y sólo asusta a los que jamás de por vida la recordaron». Semejante escena me impresionó a la vez que me hacía evocar la amistad entrañable de «Silvio Kossti» con el Magistral ilustre de nuestra catedral y sus frecuentes charlas peripatéticas por los alrededores de la ciudad. Individualidad destacada ésta de Bescós Almudévar, que merece un detenido estudio desapasionado y reflexivo. ¡Mas si el vulgo ignaro había trastocado en epigrama un soneto, la filosofía tomista, en cambio, había derrotado al krausismo!

### *Final apasionado.*

Disculpa, lector benévolo, esta digresión, y sigue conmigo glosando al maestro de costumbristas aragoneses, en la conmemoración jubilar de su novela famosa, si el calor afectuoso de tu asistencia me acompaña. Porque termino presto. Desde luego es inexacta la hipótesis de novela de clave cuando se advierte el recio y poderoso buen sentido, el brío y la fidelidad en las descripciones, el latido, agudeza y casticismo en la frase que esmaltan el estilo de López Allué. Y sobre todo la maestría del diálogo, aquella vena de léxico extraída de labios campe-

sinos—de cepa auténtica y solar aragonés—junto a la facultad soberana de arrancar tipos humanos a la cantera de la vida rural. La escena en que aquellas gentes viven y se mueven es nuestro paisaje acostumbrado. A los que hayan leído otras obras de López Allué, no es del caso recordarles cómo están bosquejados Escuarve, y su comarca, según la gama colorista de Valdiberos y Sescún, Mora de Sevil y Piñarros, matizadas por un gusto delicado y amante, siempre, de lo más agreste y pintoresco. Motivo, además, es la novela para que la vida rústica de nuestra provincia se incorpore a la acción, y la inspiración de su autor escale las fuentes primitivas de la poesía, arrullada con las galas de la madre naturaleza. Magnífico libro rústico y serrano, henchido de aromas campestres y de cuanto creó la Providencia para el gozo humano: aire, luz, agua, verdor, fuerza y vida... Tengo para mí que siendo el mejor de los que aquél escribió, al vigor descriptivo prefiero el realismo de la acción sin vanas retóricas, convencionalismos, ni pedanterías didácticas. ¿Para qué buscar más enseñanzas que la grata impresión de salud cabal, tradición venerable, vida patriarcal y entrañables afectos que deja en el espíritu *Capuletos* y *Montescos* siquiera el desenlace sea más clásico que romántico? Por algo pudo escribir tan sagaz crítico como Mariano de Cavia: «La lucha por el cacicato, entre el gañán enriquecido y la arruinada señora de pendón y caldera, está pintada con tal franqueza y destreza, que ya lo he dicho antes, hasta fresco y nuevo nos parece el asunto. La hidalga Julieta de Escuarve sucumbe dramática y melancólicamente; mas no por el imperativo romántico, sino por categórica imposición del medio ambiente y la herencia fisiológica. El robusto y plebeyo Romeo, en vez de buscar la muerte sobre la tumba de su amada, se consuela con necesaria facilidad en brazos de la garrida y bien acomodada montañesa que por clasificación le corresponde».

Pocas veces, con tales brío y relieve, habrá llegado a revestir carácter estético un modo de ser regional. Porque identificado López Allué con la tierra natal de cuyo contacto recibe un vigor mitológico, y alimentando sus pupilas con la efusión lírica del tipismo lugareño, ha llevado a sus libros también algo que no se ve pero que late y vibra en lo más profundo e íntimo de nuestro ser: el misterioso encanto del cariño a la *terreta* latente en el corazón de sus hijos, máxime de aquellos emigrados en otras latitudes. Primera virtud que todo aragonés, aun el menos docto, experimenta al menor contacto con la prosa admirable de nuestro escritor costumbrista, y que le induce a encariñarse con él por la reiteración de su lectura. Recuerdo el halago que la segunda edi-

ción de *Capuletos y Montesdos* proporcionó a la reputación literaria de su autor, ratificando su estrella luciente de novelista regional. Pero también me consta que el cariño y popularidad de que gozaba en Huesca era lo que más estimaba.

Y ciertamente que podía sentirse feliz por haber interpretado, dándole forma artística imperecedera, al puro intimismo de nuestra raza pirenaica con sus virtudes y defectos, igual que a la grandeza de nuestros riscos y parameras con sus nieves y cierzos, rebosantes de inédita poesía. Por eso nunca he conseguido leer la novela que nos ocupa con la impasibilidad crítica con que leo otras. ¡Pues creo, y supongo, igual acontecerá a muchos de nuestros conterráneos, que más que de distracción es obra de sentimiento!

